



INMA SAINZ DE BARANDA

Jacobo Siruela en su estudio de la localidad gerundense de Vilaür

**Ensayo** El editor de Atalanta escribe una crónica cultural del onirismo, desde los sumerios hasta los surrealistas, en una obra suntuosamente ilustrada

## Los sueños, los olvidados de la historia

**Jacobo Siruela**  
El mundo bajo los párpados

ATALANTA  
350 PÁGINAS  
23 EUROS

**CARLES BARBA**

Entre los editores que ocasionalmente se doblan de autor (o que eligiendo sus catálogos, ejercen de hecho una autoría vicaria: pongamos entre nosotros Herralde, Vallcorba, Muchnick, Daniel Fernández...), el caso de Jacobo Siruela es de los más singulares. En 1982 fundó y tuteló el sello que lleva su nombre, aireando a escritores de su predilección como Italo Calvino, Robert Walser o Thomas Bernhard. En el 2005 decidió reempezar de cero y creó Atalanta, gestionándola afincado en el Empordà con su pareja Inka Martí. Al cumplirse cinco años y 49 títulos publicados, él mismo ha escrito ahora el número cincuenta, con una contribución ensayística que, sin dejar de ser personal, refleja y compendia las líneas generales de su propio catálogo (donde India, Japón o China se cruzan con H.G. Wells, Turgueniev o Tolstoi). En fin: nuestro hombre ha escrito una crónica

cultural sobre los sueños, paseándose por el mundo antiguo y medieval, el renacentista e ilustrado, y el decimonónico y posfreudiano.

La chispa desencadenante de este trabajo habría sido un aforismo de Lichtenberg: “Toda nuestra historia es únicamente la de los hombres despiertos; nadie hasta ahora ha pensado en una historia de los hombres que duermen”. Jacobo Siruela lógicamente no ha confeccionado tal inventario pero sí que ha recalado la desatención que esta “segunda vida” ha sufrido por parte de los medios académicos y oficialistas, y ha esbozado por su cuenta algunos momentos estelares del onirismo, que demuestran con creces la relevancia del soñar —desde los sueños bíblicos a esa pesadilla cósmica que es el *Finnegan's Wake* de Joyce— en la marcha de los asuntos humanos.

El autor empieza por refutar que los sueños sean materia de estudio desechable, por ilusorios y ar-

bitrarios. Al contrario, nos cuentan cosas de nuestra naturaleza oculta, y al estar enraizados en los estratos más profundos de nuestro psiquismo, conforman un tesoro vivo de claves para el autoconocimiento. En el primero de los cinco capítulos, se explora la interacción de los sueños con acontecimientos históricos, lo mismo cuando los reflejan traumáticamente (ahí están las pesadillas de la población alemana durante el III Reich) que cuando los anticipan (Bismarck o Patton libraron batallas guiados por instrucciones recibidas durmiendo). Los sueños estarían también en la base de grandes creaciones artísticas (Wagner soñó el acorde en sí bemol mayor de su *Oro del Rin*) o científicas (Von Kekulé descubre la estructura molecular del benceno en otro trance parecido). Y Descartes habría cambiado el rumbo de la filosofía e instituido el racionalismo, previo paso por tres sueños que aquí se detallan por lo

**Siruela revalida la antiquísima creencia de que el sueño es un tránsito estacional por el reino de las sombras**

menudo, y que desde luego no tienen ninguna lógica empírica.

Precisamente el segundo y tercer capítulos desarrollan esta cualidad del onirismo de sustraerse a los esquemas causales de nuestra realidad y de poner en evidencia que, más allá de la vida consciente, hay siempre una otredad, un campo de fuerzas hípnico, un caudal de energías inconsciente que a ve-

ces pueden cristalizar en fogonazos visionarios. Especialmente iluminadoras son las páginas donde se describen los santuarios de incubación griegos, lugares de culto como Epidauro en los que los pacientes se purificaban autoinduciéndose hacia sueños curativos. La creencia de los griegos antiguos era la de que, mediante una dormición adecuada, propiciaban la intervención de los dioses y se dejaban oír sus mensajes.

Los capítulos centrales de esta panorámica se focalizan en distintas figuras del XIX y XX que se dedicaron a observar sus propios sueños —onironautas, se les llama— o que recolectaron los de los demás, con el prurito de establecer patrones. La galería de personajes resulta bastante fascinante, y todos ellos semejan navegantes intrépidos surcando las bravías aguas del psiquismo nocturno. Ahí está por ejemplo Piotr Ouspenski, que descubrió que los sueños son tan delicados que no soportan la observación. O Alfred Maury, que estableció que la secuencia onírica discurre de forma vertiginosa. O el más extravagante de todos, el marqués de Saint-Denys, que dormía con un lápiz y un cuaderno en la mesilla, dispuesto a capturar al detalle sus propias ensañaciones.

Pero Jacobo Siruela entiende que estas figuras al fin y al cabo no terminaron de emanciparse de las limitaciones científicas de su época. Y sus retratos más agudos recaen sobre tres genios (un filósofo, un psicólogo y un científico) que sí cruzaron esa raya, y supieron cada uno a su modo identificar el fluido universal que subyace en todos los fenómenos. Los tres (Schopenhauer, Jung y Dunne) habrían operado a partir de casos de precognición onírica. Por ejemplo, la criada del pensador soñó que éste derramaba un tintero y ella limpiaba las manchas, y al día siguiente se produjo este preciso incidente. O una paciente de Jung le relató haber soñado con un escarabajo de oro, y a los pocos minutos un escarabeido real chocó contra el ventanal del psiquiatra suizo. Lejos de despreciar estos episodios paranormales, Schopenhauer y Jung (y lo mismo Dunne) decidieron profundizar en ellos, y a la larga decantaron respectivamente la teoría de la voluntad, la de la sincronicidad, y la de la cuatridimensionalidad.

En el último capítulo, en fin, centrado en las concomitancias entre los durmientes y los muertos, el editor de Atalanta recorre la problemática con brillante transversalidad, apelando lo mismo a las cráteras griegas que al retrato de Proust muerto por Man Ray. Siruela revalida la antiquísima creencia de que Hipno y Tánato son dioses gemelos, y concluye que este “mundo bajo los párpados” en el que entramos cada noche, no deja de ser un tránsito estacional por el reino de las sombras. |